

# Ordalía macabra

Tom Corvus

*Lic. en Criminología CLEU*

**E**l hombre moribundo gritaba despavorido desde hacía cinco minutos exactamente, mas nadie parecía ser capaz de escucharlo y acudir a su llamada. Era eso o ninguno de los residentes anhelaba salir por temores infundados, dadas las circunstancias; estaba por ser la una de la madrugada y en la única calle principal se ceñía un halo insociable y tétrico. Deseo era un suburbio de la pequeña comunidad de Ríolargo, un poblado oculto en las honduras de bosques espesos, con largos caminos y propiedades amplias que permitían la privacidad etérea entre viviendas.

Pese a las longitudes que distanciaban a los vecinos del agónico, lo escuchaban, y Rebeca estaba segura porque conocía el comportamiento de la naturaleza. Los ecos se esparcían a lo largo de las cinco calles trasversales a la principal, las cuales formaban el vecindario, y más allá de los croares de grillos, sapos y algunos graznidos de aves nocturnas, nada contaminaba el entorno.

Ella miraba cuidadosa a través de la ventana de la estancia principal, procurando no agitar demasiado la cortina. A unos metros de la propiedad donde vivía Rebeca, la silueta se arrastraba con esfuerzo. Ni una luz interna o externa en las casas vecinas se había encendido.

—¡Oye, tú! —susurró una voz a sus espaldas que causó un sobresalto en ella—. Apártate de ahí.

De la oscuridad y proveniente de las escaleras apareció otra mujer de cabello suelto, largo y cano.

—Es un hombre, Amelia —le explicó sin alzar la temerosa voz—. Parece estar herido.

La mujer mayor le lanzó una mirada desaprobadora a la joven de cabellos rojizos, pero no volvió a reprochárselo. También se acercó a observar. Mientras tanto, un ruido propio de pasos apareció de la misma dirección y dos jóvenes bajaron a la estancia principal. Tenían estaturas semejantes, una piel pálida como la nieve, muy similar una

PIROCROMO

34

#23 BHM

de la otra, y los cabellos oscuros en la penumbra, pero distintos entre sí: uno era de tonos azules oscuros, mezcla del negro, y el otro marrón.

—Sí, ya lo veo —contestó Amelia.

Hasta entonces, el hombre había proferido como un rezo invariable las mismas palabras. De pronto expresó:

—¡Estoy herido, por favor! Pierdo sangre... —y una serie de audibles sollozos le siguieron a sus palabras.

Ante un prolongado silencio, fue una de las recién llegadas quien cuestionó:

—¿Deberíamos ayudarlo?

Se trataba de la chica de cabellos azules y oscuros, la única del grupo que acogía una expresión ansiosa y temible.

—Será mejor volver a la cama —dijo la joven de pelo marrón.

—¿Y dejarlo ahí fuera?

—No es nuestra responsabilidad.

—Pero no somos inhumanas, Irene —intercedió Rebeca.

Ella oprimió los labios y tuvo que tragar sus palabras porque las de Rebeca tenían destellos de verdad.

—¿Amelia? —inquirió Jose, la joven del cabello azul oscuro.

Un péndulo sonaba en algún rincón de la estancia rústica decorada con sencillos muebles de hogar, moldeando la atmósfera en un entorno cronométrico e incesante, pese a la contradictoria quietud. Amelia se dio la vuelta y miró cada rostro opaco de sus hermanas, distinta una de la otra.

—Seríamos unas bárbaras si no lo hiciéramos —les dijo.

Nadie respondió, pero todas reconocieron el tono deferente de ella.

—Josefina, Irene —dijo—, traigan agua, vendas, alcohol y toallas. Cuanto sea necesario. Rebeca, ven conmigo. Enciende esa luz.

Mientras Amelia repartía órdenes, se puso un largo gabán de tela ligera para protegerse del frío. Abrió la puerta y juntas salieron a paso raudo, seguidas por sus sombras, cruzando la entrada frontal repleta de plantas y árboles hasta la acera y la calle, donde estaba tirado el hombre. Detuvo sus quejas y sollozos en cuanto las vio aproximarse y antes siquiera de que hubiesen llegado, comenzó a agradecerles.

Amelia se alisó el cabello hacia un extremo, depositándolo tras la oreja, y se acuclilló en busca de la herida. Con tanta sombra dilatada como mantos de niebla, obstaculizando el brillo de las farolas alejadas entre sí, se le dificultó encontrarla. Pudo ver la camiseta manchada en

el abdomen, pero la misma negrura espesa de la sangre complicó las cosas. Lo hacía para evitar lastimarlo al momento de levantarlo y llevarlo dentro. Si estaba en una situación crítica y ellas la empeoraban, de nada habría servido salir.

Juntas, una a cada extremo, lo alzaron sosteniéndole la espalda. El hombre había lanzado un gimoteo, pero consiguió soportar el trayecto, aplicando presión en su estómago con una sola mano, justo como le ordenó Amelia previo a elevarlo. A su entrada, cerraron la puerta y lo depositaron en el amplio sofá de la sala, alargándole las piernas y recostando su espalda y su cabeza en un soporte hecho con dos almohadones.

—Todo va a estar bien —intentó tranquilizarlo Amelia, sentándose a su vez en la silla que Rebeca le había aproximado. A su paso, ella encendió la luz y fue en busca de sus hermanas para ayudarles—. ¿Cómo se llama? —preguntó.

—Heraldo.

Su voz estaba entrecortada y la respiración iba aumentando el ritmo.

A solas con él, Amelia desabotonó la camisa de lana y dejó al descubierto un abdomen globoso y libre de vello. Estelas líquidas brotaban del cuadrante inferior izquierdo. Allí estaba la herida producida, indiscutiblemente, por un objeto punzocortante. Tenía una amplitud de al menos ocho centímetros y una anchura de uno y medio en la parte central, decreciendo conforme la lesión se estiraba hacia los extremos. Eso pudo calcular iluminada por la lámpara y luego de lavarle con agua, cuando las demás llegaron con lo esencial para curarle. No obstante, la presión no iba a servir para detener la hemorragia, ni siquiera apresurando las suturas. El hombre se quejaba, y ella no lo entendió hasta que le preguntó qué sentía, además del ardor externo.

—¿Le duele dentro, como si le rasgaran? —cuestionó más específica.

El hombre asintió con ojos cerrados, frunciendo cada centímetro de su rostro, apretando las mandíbulas y exhibiendo los dientes.

Amelia, quien adoptaba una expresión seria y cavilosa, miró a las demás.

—Sujétenlo —les dijo, y ellas obedecieron.

Jose e Irene le tomaron las piernas y Rebeca tomó sus brazos, alzándolos hacia atrás.

—¿Qué va a hacerme, señora? —preguntó jadeante, el hombre.

—Trate de resistir.

Sin previo aviso, introdujo su dedo índice en la herida hasta encontrar su profundidad. No extrañada del todo, Amelia descubrió que existía una lesión interna. El objeto punzocortante había alcanzado parte del intestino y adentro se acumulaba demasiado líquido hemático. Sacó el dedo lo más rápido posible sin alterar más la herida y volvió a presionar para ganar tiempo.

—Tiene que ir a un médico ahora. Si se queda aquí, morirá, y eso puede ocurrir en cualquier momento —le explicó cuando él dejó de gritar. Le miraba incrédulo, con su boca y ojos abiertos como platos blancos.

—¿Qué dice? —murmuró—. Yo no... pero usted...

Pero no acometió a sus indecisiones. Amelia se puso en pie y empezó a repartir tareas justo como había hecho momentos atrás. Le pidió a Jose traer los abrigos, a Rebeca tomar las llaves de la destartalada camioneta y ayudarle a subir al hombre, y a Irene conseguir más toallas; sin embargo, la tragedia aconteció de forma parecida como si la flama de un fósforo se hubiese extinguido tras el más ligero soplo. Herald, quien se había aterrado tras oír la decisiva firmeza de la anciana mujer, y al mismo tiempo mentalizando su futuro inminente, reposó cabeza y cuerpo y dejó de luchar, cerrando los párpados y permitiéndose suavizar la respiración. Para cuando las dos mujeres se acercaron, no pudieron evitar sentir un creciente temor.

Amelia se apresuró a examinar sus signos.

—Sigue vivo —declaró buscando la mirada de Rebeca—. Apenas.

En aquellos instantes, las jóvenes se presentaron tan sólo para quedarse petrificadas frente a la tensión descomunal.

—No lo lograré —especificó Amelia, incorporándose.

—Debemos hacer algo —replicó Jose.

—¿Más? —prorrumpió Irene, sin reservas.

—No podemos hacer nada por él. Debemos llamar al comisario y...

—Sí podríamos —dijo Rebeca, interrumpiendo a Amelia.

Hubo un breve entrelazamiento de miradas donde el silencio sembró el medio para que los pensamientos pudieran transmitirse de una a la otra. Estaba claro que la decisión quedaba en Amelia, la más

sabia. Ésta, por último, estudió al moribundo que no paraba de manchar los cojines del sillón con su sangre.

—Ayúdenme a recostarlo —les dijo por fin, advirtiendo la mesa decorativa del centro.

Lo dispusieron sobre una manta blanca, le quitaron las prendas exteriores y colocaron cuencos y frascos con distintos contenidos en el suelo. Hincadas a su alrededor, fue Rebeca quien inició el proceso. Sujetó con ambas manos el cuenco con agua y residuos de plantas previamente preparado y, a párpados cerrados, se concentró en incrementar sus niveles caloríficos y traspasarlos a la vasija mediante sus dedos. Las demás miraron atentas y en silencio la manera en que el agua comenzó a hervir, pues Rebeca poseía el domino sobre su propio calor corporal y la capacidad de mediar el del exterior. Una vez listo, lo depositó en las manos de Jose. Ella se encargó de mirar a sus hermanas previo a verter el tazón. Y pese a que se desbordó la mayoría del agua ardiente, gran parte alcanzó el interior de la herida. Apresurada, soltó el cuenco, colocó sus manos sobre el abdomen de Heraldo, quien yacía en un profundo estado de inconsciencia, y aplicó presión. A borbotones, como un géiser, el agua emanó junto con la sangre hasta detenerse por escasos segundos.

Actuando de manera coordinada y sin perder ni un solo momento, Irene tomó otro frasco que contenía una pegatina pequeña con la leyenda “bálsamo”, un contenido espeso y de color café oscuro. Lo untó primero en sus manos, enjugándolas por completo, y después cubrió la herida con él. A la posteridad, pasados unos minutos, agregó miel y unas gotas de agua.

—Cauteriza ahora, Rebeca —decretó Amelia.

Rebeca hizo lo propio colocando sus manos sobre el cuerpo y un brillo de rojo claro apareció en la piel de sus manos y en la de Heraldo como si fuesen alumbradas desde dentro con bombillas. Cuando terminó, le abrió el camino a Amelia y ella sólo se inclinó para soplar durante un minuto donde se hallaba la herida, que en cuestión de segundos cicatrizó.

—Jose —dijo Amelia—, prepara insumos hemáticos, por favor.

—Enseguida.

Corrió a la cocina y encendió la estufa. En un recipiente cóncavo de metal derramó agua y compuestos líquidos que guardaban en frascos dentro de la alacena. En cuestión de minutos el brebaje estuvo listo. Josefina lo volcó en un tazón que tenía una sonda de plástico conectada



*Bruja de Trasmoz*, Demetrio Navarro del Ángel.

desde la parte inferior y lo llevó a la sala. En el extremo libre cambiaron el tapón por una aguja y la insertaron en la vena. El cuenco quedó vacío y cerca de media hora después, Heraldo despertó mirándolas incrédulo a ellas y a su cicatriz.

—¿Cómo lo han...? —empezó, pero Amelia lo interrumpió apenas balbucear.

—No importa cómo. Lo importante es que estás bien. ¿Cómo te sientes?

—Estoy vivo. ¡Me siento bien! Un poco mareado, débil y con dolor de cabeza, pero estoy bien.

Se puso en pie para comprobarlo, e inclusive saltó. Tanto Rebeca como Jose sonrieron, contagiadas de su alegría, pero fue Amelia la que interrumpió la celebración, dictándole que no se esforzara. La herida aún se podía abrir.

Cuando Heraldo se calmó, Amelia se sentó a su lado y quiso saber lo sucedido.

—Me apuñalaron —sentenció— cuando intentaban quitarme mis pertenencias. Igual lo hicieron después de haberme herido. ¡Malditos!

—¿Vives cerca? —preguntó Amelia.

—Sí, en Pino Rojo.

Estaba a menos de medio kilómetro, en el vecindario conjunto.

—¿Necesitas algo más? ¿Que busquemos a alguien o te acompañemos hasta tu casa?

—No es necesario, doctora. Puedo ir andando solo.

Sonriente, pero con mucha modestia, Amelia explicó:

—No soy doctora.

—Oh, entiendo.

El silencio provocó que Heraldo se levantara por fin para marcharse.

—No sé cómo agradecerse los —les dijo ya en la puerta.

Las cuatro mujeres lo miraban conformes, aunque humildes.

—No es nada —dijo Amelia.

—Sólo asegúrese de darles sus pertenencias para la siguiente —le recomendó Irene—. No valen tanto como su vida, ¿o sí?

—Lo tendré en cuenta. Gracias otra vez.

Alzó la mano en ademán de despedida, tomó el pomo y cerró la puerta. Las hermanas lo miraron partir con mucha prisa desde las ven-

tanás, y cuando desapareció, regresaron a la estancia a recoger. Todas tuvieron la misma creencia sobre no volver a verlo, pero eso sería de cierta forma inevitable en un poblado tan chico como Ríolargo; para su sorpresa, aquella tarde del nuevo día, Heraldo se presentó a su puerta.

—Amelia —dijo el hombre alto, fornido y de sombrero, parado afuera de su casa.

—Tronos —respondió la mujer, sosteniéndose a la puerta como si fuera a caerse.

A diferencia del tono enérgico y firme de él, Amelia le había hablado con sumisión. Veía en sus ojos cierto brillo que activaba las alarmas de su cabeza. Además, no se explicaba la razón de aquellos hombres que cubrían su retaguardia. Pero tonta no era. Trataba de engañarse por mantener viva su fe.

Iván Tronos dio dos grandes pasos al frente y con ello fue suficiente para cruzar el umbral.

—¿Están en casa? ¿Rebeca, Irene y Jose?

Como si su gruesa voz hubiera retumbado por doquier, ellas aparecieron al oír el llamado. Rebeca e Irene habían estado juntas en la cocina, y Josefina sentada en la sala.

—¿Qué sucede, Tronos? ¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó Amelia.

Sin perder la solidez expresiva, le respondió luego de lanzar un suspiro; uno de aquellos cansados que pugnan el malestar interno.

—Cómo lo lamento tanto, Amelia. En verdad lo siento.

—Pero ¿qué lamentas, Tronos? Por favor. Dímelo.

Y él lo hizo, pero no de forma verbal.

La tomó por la muñeca y la inmovilizó tan veloz como una liebre, dominándola por el suelo. Mientras tanto, la turba entró en la casa a por el resto, y ninguna intentó defenderse o escapar —salvo Irene, que era la más rebelde, pero de nada sirvió—. Las golpearon, amordazaron y sujetaron con cuerdas, y cuando fueron arrastradas al exterior, las cuatro hermanas se encontraron con una cara más conocida que el resto. Heraldo estaba allí entre los presentes, y al cruzar los ojos con ellas, no agachó su cabeza, no desvió la mirada ni tampoco su rostro se enrojeció de pena.

—¡Maldito seas! —le gritaba Irene a Heraldo, llena de rabia—. ¡Tú, bastardo cabrón! ¿Qué has hecho? ¡Abusador! ¡Infame!

—¡Brujas! —gritó Heraldo con la misma intensidad y alzando su brazo con mano empuñada—. ¡Brujas, brujas! ¡Ardan!



Obligadas, las montaron en una antigua carroza y de ese modo las trasladaron hasta el centro de Ríolargo, donde la multitud se congregó a observar, lanzando cualquier tipo de vegetal podrido y blasfemias. Jose, quien era la menor de las cuatro hermanas, lloraba a cántaros. Rebeca, seria y ensimismada, intentaba ser optimista, pese a su lógico razonamiento. No deseaba vivir mentalmente en agonía y sabía que allí dentro no podía hacer más. Irene, por su parte, no paraba de maldecirlos a todos, y era ese efecto lo que producía una respuesta aberrante por parte de la multitud. Amelia era quien se mantenía firme, serena, pero eso no significaba que sus emociones estuvieran abolidas. Temía por sus hermanas y se lamentaba de los errores, de no haber sido decisiva y firme para protegerlas a ellas y a sí misma. Quizás merecía eso, pensaba, pero ellas no.

Las bajaron y ataron al mismo mástil, apuntando cada una su rostro a los cuatro puntos cardinales, y Amelia aprovechó ese momento para preguntarle en voz baja a Tronos, el comisario, por qué.

—Sólo dímelo, por favor —decía Amelia en voz baja, casi susurrándolo. Procuraba mantener su dignidad en cualquier sentido: su rostro, su voz... era tan difícil.

Tronos había terminado de atar sus piernas cuando se irguió.

—No son... normales. Son un peligro para todos los demás —respondió.

Sin reservas, enojada, frunció cada centímetro de su rostro.

—¿Un peligro, dices? ¿Ese hombre te demuestra que lo somos?

Al pronunciar las palabras, hizo un ademán de cabeza hacia Heraldo, el hombre moribundo a quien ahora se arrepentía de haber curado.

—Eso no demuestra nada, Amelia —más cerca, prosiguió—: ellos les temen.

—¡Como a cualquier cosa que no comprenden!

Sus ojos por fin cedieron a las lágrimas y éstas comenzaron a resbalarse.

—Lo lamento, Amelia.

Se dio la vuelta, dispuesto a bajar del entarimado, pero ella lo detuvo.

—¿En verdad lo haces? ¿En verdad tu corazón lo lamenta? Porque yo no lo creo, Iván. Puedo verlo, ¿sabes? Y está ennegrecido como la brea. Tan podrido como cualquier cosecha.

La miraba por encima del hombro, ceñudo. No respondió. Avanzó otro poco más y Amelia volvió a hablarle, pero esta vez Tronos no se paró.

—¿Así es como ahora comprueban si las mujeres somos brujas? ¿Matando a sus propios hombres y abusando de la caridad ajena? ¿No han cambiado en nada, Tronos! ¡Siguen siendo los mismos bárbaros que en el pasado!

Desde la llegada de la turba a su casa lo había entendido todo. Habían herido al hombre con toda la intención de abandonarlo en plena calle y frente a su morada, como el anzuelo al que ellas se engancharían.

Tronos se paró frente a la multitud y recitó un discurso nada revoltoso, acusando de ese modo a las hermanas brujas y sentenciándolas a morir en la hoguera.

—¡Sus almas serán inhumadas! —gritó en respuesta final.

La *vox populi* se alzó al mismo tiempo y así el juicio macabro inició.

Antorchas cayeron sobre la leña, el fuego se irguió rápidamente, la multitud enfurecida y temerosa homenajeó y las cuatro hermanas brujas que no habían hecho ningún mal, salvo emplear los elementos de la naturaleza para salvar una vida, gritaron al unísono mientras ardían de pies a cabeza. Pudieron haberlos maldecido, a ellos y a su pueblo, con pestes, demonios y muertes, como muchas otras tantas hicieron en tiempos de antaño en toda la tierra, pero aun en el momento final de su deceso, ellas se entregaron al bien y a la bondad, los principios más humanos con los que siempre se habían criado, y que ninguno de esa prole si quiera lograba tener.

Polvo de cenizas sólo quedó, y cuando el viento sopló, llevándolo lejos de ese lugar maldito por su propia naturaleza, encontraría otro lugar donde la materia permitiese a la vida volver a renacer cual fénix y su inmortalidad.